

Chile

CHILE o la aspiración al orden, pudiera llevar como expresivo subtítulo el libro en que se cuente la trayectoria civilizadora de la nación chilena. Ya sé que hay varios órdenes: el que se impone sobre el silencio de los esclavos, el que sufrimos nosotros los venezolanos en algunas noches sin esperanza y de densa desolación de nuestra vida histórica, orden que a la postre es sólo violencia física edificada sobre la más sangrienta injusticia; y hay el verdadero orden, el que busca la norma moral, el principio jurídico a que someter la discordia de los individuos y de las clases. Chile buscó como pocas naciones del Continente este orden auténtico en la doctrina y la acción de algunos de sus grandes hombres de Estado. Como una joven Roma americana, fue fecunda en esas cabezas impregnadas de razón jurídica, de voluntad para dirigir, para frenar con normas impersonales, con la "lex" y con el capricho autoritario lo que pudiera disgregarla en la anarquía y la pasión arrasadora. Algunos de los hombres que le dieron tan segura solidez al Estado chileno en el siglo XIX se parecen por la serena energía a las mejores cabezas romanas de la edad clásica. ¿No es completamente romano aquel don Manuel Montt que deja la presidencia de la República con la misma levita arrugada de juez de provincia con que ascendió a ella, con la misma orgullosa modestia, y retorna a su juzgado a mojar y rubricar con la misma tinta impregnada de austero derecho las sentencias de la ley abstracta? en su tiempo se habían explotado los ricos minerales del Norte; una sociedad plutocrática comenzaba a sustituir a una sociedad puramente agraria; con audacia técnica y capitalista se habían construido los primeros ferrocarriles de la América del Sur, pero el viejo Montt vuelve a sus códigos, a su casita de la Alameda, donde en los días más fríos de julio apenas se enciende un colonial e inconfortable brase-ro y se ceba un mate. Viene de visita el compadre don Domingo Faustino Sarmiento, el

más genial e impetuoso de todos los compadres, a quien por su tremenda actividad llamaban en Santiago "el viento Zonda" y a quien sin prejuicios de patria chica don Manuel había confiado la dirección de las escuelas normales para que Chile adiestrase pronto los ciudadanos que le hacían falta. Tras el sólido muro de las leyes y de la educación común que difundiera Sarmiento, Montt dejaba Chile inmune del caudillismo anárquico que entonces arrojaba a otras naciones de América en aniquiladoras guerras para conquistar el poder.

Unos años antes un hijo de Caracas, de esta luz avileña tan plácida y que a veces suele ser tan ingrata con los propios hijos que la sirven, había llegado al paisaje chileno sacudiéndose el polvo de una larga peregrinación. Se llamaba Andrés Bello y encontró en aquella latitud austral el ambiente y la paz necesarios para ofrecerle al país recién nacido la claridad de sus códigos, la lección humanizadora y universalista de su Derecho de gentes. Recibiendo hombres de toda América, siendo "asilo contra la opresión". Chile inscribía desde su nacimiento como Estado libre un destino de generosa americanidad. Con la lengua y la acción de Bello, de Manuel Montt, de sus historiadores y juristas, se apresta a fortificar su Estado unitario, su orden civil que perdura mientras otros pueblos americanos se sumen en la monotonía anárquica. Y como llamando a las multitudes nacientes, cuando ya el proletariado industrial y las masas campesinas claman por ampliar el marco de las leyes, otro hombre de Estado, pálido y sensible, la antítesis de Montt, porque los tiempos eran también distintos, el gran José Manuel Balmaceda, sella con un pistoletazo en las sienes la nueva y apremiante consigna de justicia social que empezaban a corear las multitudes. Como César no sólo en la última escena del foro romano, sino también en el estupendo patetismo del drama de Shakespeare, Balmaceda entregaba al pueblo su cadáver y su testa-

mento de redención, las palabras augurales de una nueva historia.

Ultimo corredor de un continente que al llegar a Chile lo aísla con un desierto nor-teño, con el murallón de los Andes y la columna de sus volcanes humeantes y con el mar que de Puerto Montt al sur en un tumultuoso mar bravo desgarras las masas continentales y va a encontrar al otro océano en las frías soledades del extremo austral, Chile no podía contar como los países imprevisores con el fácil oro de sus minas y con lo que le trajeron los barcos de Europa. Se sentía como una última Thule, como aquella *Ciudad de los Césares* perdida en lontananza, cada vez más al sur, donde se concluyen ya las tierras y se tocan los mares solos, que ha evocado en admirable mito uno de los más finos espíritus de las letras chilenas: el poeta Pedro Prado. Así Chile tuvo que hacerse, coordinar energías, fortalecer su tenacidad, desde aquellos puertos de su región norte levantados sobre los taludes montañosos en tierra brava que pide sudor de hombres machos, siguiendo por su Valle Central, que el esfuerzo chileno pobló de canales de riego, de olorosas frutas, de un buen perfume de campo cultivado en que juntan su polifragancia el hispido espino, el arrayán, los duraznales y pomaredas de las dulces y soleadas tierras de Elqui o Aconcagua. Aquí pueden cantar las guitarras y se aderezan para las "topeaduras" y los "rodeos" los estupendos caballos de los huasos. El vino fresco del año, las vendimias de abril, marcan la alegría de una civilización pacífica que ya supo organizar la vida.

De Concepción al sur ya encontraréis los grandes trigales y los aserraderos junto al bosque. De ese sur donde llueve llegan a la poesía chilena unos poetas cuyo húmedo lamento se parece al de la trutruca araucana perdida en la boscosa lejanía. Pablo Neruda, poeta de la humedad y de la soledad, ha cantado con los elementos de aquel paisaje su tristeza de Adán indio. Mientras que

en los versos de Gabriela están el sol del norte, el desierto y los oasis, la greda roja y negra en que los atacameños y los diaguitas modelaban sus imágenes del mundo, en los versos de Pablo se precipitan las tormentas y las obstinadas lluvias del sur. Estas dos voces —la solar y la húmeda— expresan en variedad de tonos la polifonía del espíritu chileno. Pero por lo mismo que luchaba con el desierto del norte y con el viento del sur, Chile, tierra de mineros y de marinos, de "rotos sufridos, de vigoroso aguante", tuvo que exaltar los valores humanos y combativos de su civilización. Y en las páginas de un Pérez Rosales, de un Vicuña Mackenna, de un Baldomero Lillo, de un Rodríguez Mendoza, de un Latorre, se cuenta esta aventura de la multitud chilena para sacarle riqueza al desierto, desbrozar la selva araucana, abrirse el camino de aquellos golfos y aquellos estrechos magallánicos alborotados de viento, de frío y de mar gruesa.

Pueblo virilmente tranquilo pueblo que sabe escuchar y no se niega a las voces del tiempo, Chile ha ido incorporando a su vida civil las reformas y la creciente aspiración de justicia por la que ahora clama la historia. Ha logrado reformarse y renovarse sin caer en la ciega violencia. Allí prevalece su serena ponderación, su natural instinto de orden. El orden de hoy no puede ser el que pedía don Diego Portales hace cien años. Nuevas necesidades, más amplios reclamos sociales se incorporan por la razón y hasta por la fuerza (como dice el escudo chileno) en los estatutos de las naciones. Pero lo importante es conservar esa cohesión, ese razonado equilibrio con que Chile pasó en medio de la creciente, encauzándola. Por eso ha encendido su sosegada luz constante, su seguro progreso y su voluntad de justicia en el derrotero de América. En el estilo jurídico que le ofrecieron sus hombres de Estado, en el que escribiera Bello sus códigos, se siguen vertiendo, plasmando y organizando las nuevas necesidades humanas.